

LA IGLESIA

FICHA: UNA MUJER EN UN PUEBLO

ANEXO I PARA LA ORACIÓN PERSONAL

1. Ponte en presencia del Señor. Invoca a María, mediadora para el encuentro con Jesús. Pídele que te ayude a acogerle como ella le acogió.
2. Lee, despacio, y medita, Lc 1, 26-56.
3. Ponte en la situación de María. Imagínate su susto ante una situación tan complicada como un embarazo, sin padre conocido, sola. Imagínate el temor y la sorpresa, pero también la impresión al sentirse llamada por Dios. ¿Te has sentido alguna vez así? ¿Cuáles son las cosas que intuyes que Dios te pide y que te pueden meter en problemas?
4. ¿Qué le dices a Dios? Fíjate en la respuesta de María: Sí, *fiat*, confío, me fío. Más allá de lo que puedo entender, sé que Dios es bueno, y confío en él, acepto, acojo... Detente ahí...
5. Cuando te sientas preparado, si te sientes preparado... di tu propia palabra... Di tu propio *fiat*...
6. Detente en el Magníficat, cómo María es consciente de la necesidad de su pueblo, de su servicio a él, de la bendición y la bondad de Dios en la historia, aún en una situación tan complicada. Recuerda tú también su actuación a lo largo de la historia que has podido contemplar, de tu propia vida...
7. Escribe tu propio Magníficat.
8. Concluye pidiéndole a María su sabiduría y su disponibilidad, con la siguiente oración:

*Madre del silencio y de la Humildad,
tú vives perdida y encontrada
en el mar sin fondo del Misterio del Señor.
Eres disponibilidad y receptividad.
Eres fecundidad y plenitud.
Eres atención y solicitud por los hermanos.
Estás vestida de fortaleza.*

*En ti resplandecen la madurez humana
y la elegancia espiritual.
Eres señora de ti misma*

antes de ser señora nuestra.
No existe dispersión en ti.
En un acto simple y total, tu alma, toda inmóvil,
está paralizada e identificada con el Señor.
Estás dentro de Dios, y Dios dentro de ti.
El Misterio Total te envuelve y te penetra,
te posee, ocupa e integra todo tu ser.

Parece que todo quedó paralizado en ti,
todo se identificó contigo:
el tiempo, el espacio, la palabra,
la música, el silencio, la mujer, Dios.
Todo quedó asumido en ti, y divinizado.
Jamás se vio estampa humana de tanta dulzura,
ni se volverá a ver en la tierra
mujer tan inefablemente evocadora.

Sin embargo, tu silencio no es ausencia sino presencia.
Estás abismada en el Señor,
y, al mismo tiempo,
atenta a los hermanos, como en Caná.
Nunca la comunicación es tan profunda
como cuando no se dice nada,
y nunca el silencio es tan elocuente
como cuando nada se comunica.

Haznos comprender
que el silencio no es desinterés por los hermanos
sino fuente de energía e irradiación;
no es repliegue sino despliegue;
y que, para derramar riquezas,
es necesario acumularlas.
El mundo se ahoga en el mar de la dispersión,
y no es posible amar a los hermanos
con un corazón disperso.
Haznos comprender que el apostolado,
sin silencio, es alienación;
y que el silencio, sin apostolado, es comodidad.

Envuélvenos en el manto de tu silencio,
y comunícanos la fortaleza de tu Fe,
la altura de tu Esperanza
y la profundidad de tu Amor.
Quédate con los que se quedan,
y vente con los que vamos.
¡Oh, Madre admirable del Silencio!

Larrañaga, I. (2005: 6)